

A veces prosa Por la mañana

Adolfo Castañón

Al despertar, cuando apenas empieza a salir el sol, salgo al jardín. Busco las heces del perro. Las recojo y tiro por la coladera. Echo una cubeta de agua para que se vayan bien y luego lleno otra para ponerles agua a los pájaros en una antigua fuente de piedra que hay en el jardín. No tardan en bajar, a veces de uno en uno, a veces de dos, nunca más de tres. Veo de lejos sus caras y sus ojos vivos. No sé por qué pienso que tienen cara de historiadores. Tal vez alguno sea la reencarnación del anticuario que hace años le regaló a mi padre esa fuente de piedra hecha de dos piezas: la pila pétrea que parecería hecha para bautizar es sostenida por un ángel que esboza una sonrisa tímida con sus labios de cantera labrada. Me quedo viendo la fuente. Me pregunto de qué tem-

plo antiguo vendrá, de dónde la habrá sacado aquel anticuario amigo de mi padre a quien vagamente recuerdo como un hombre amable y encantador que tenía dulces para los niños y una casa llena de libros, muchos de ellos “trufados” con recortes de periódicos o revistas. Tal vez en alguno de esos libros o de esos periódicos estaba escrita la historia o incluso el nombre del ángel de piedra, o la de la antigua capilla colonial de donde fue salvada o sacada la fuente que ahora se encuentra en el centro del jardín y a la cual llegan a beber y a bañarse todas las mañanas los pájaros con mirada perspicaz de historiador. Pienso todo esto en un instante o más bien lo recuerdo, o el recuerdo me recuerda. A veces pienso en las manos toscas que labraron

la piedra de la pila, a veces en aquellas que se la llevaron del incógnito templo, a veces en las del anticuario amigo de mi padre o en las de él mismo. Miro las mías, trato de recordar las suyas: ramas del mismo árbol de sangre, ya tenuemente marcadas por algunas pecas. A estas, él las llamaba “flores de cementerio”. No sé si tenía razón. Yo las llamaría “semillas de panteón”. Las manos de los ancianos me hacen pensar en las ramas viejas de los rosales que todavía florecen, igual que las raíces a flor de tierra se me aparecen como dedos de gigantes que duermen debajo de la tierra... Todas las mañanas salgo del espejo de agua de estos pensamientos a recorrer como Dios me da a entender las a veces quebradizas hojas de la jornada... **U**



Joaquín Sorolla, *Fuente en un patio sevillano*, 1915